
a 00000 22594 6

c. gónzález lanuza

AQUELARRE



sanet editor



AQUELARRE

E. GONZALEZ LANUZA

AQUELARRE

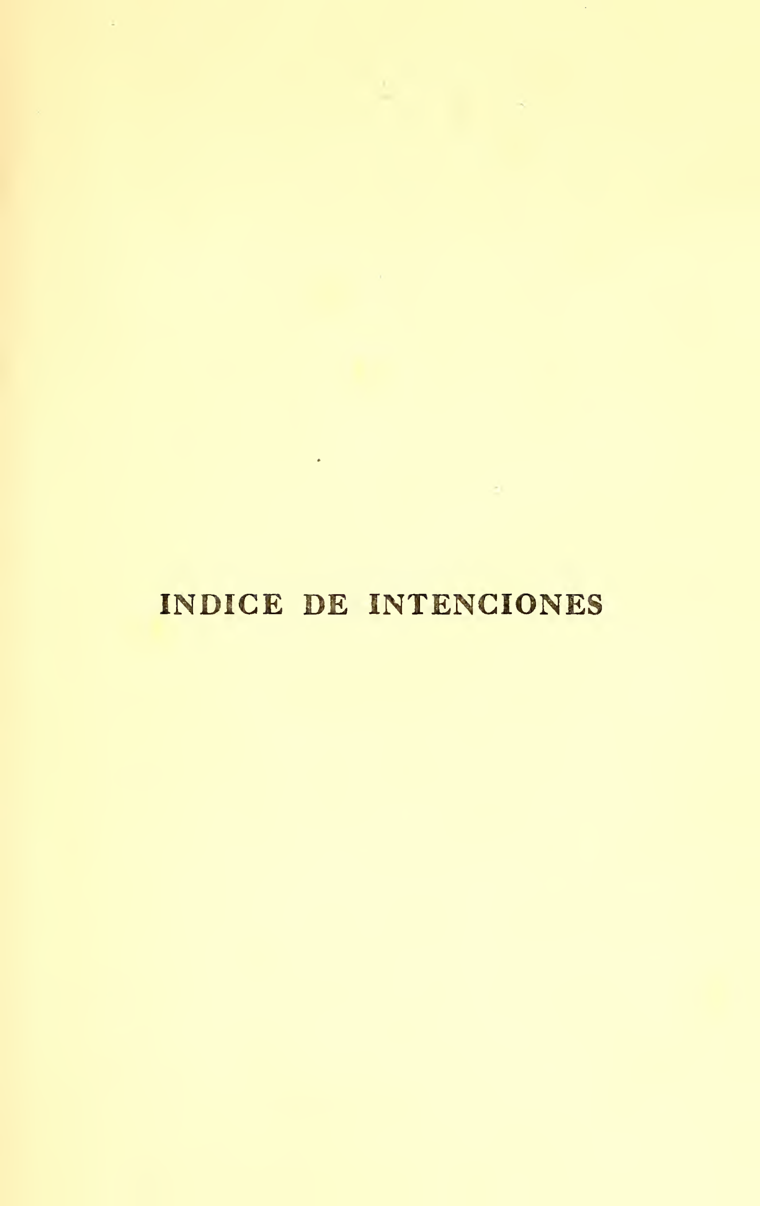


J. SAMET, EDITOR
AVENIDA DE MAYO 1242
BUENOS AIRES

DEL MISMO AUTOR

"PRISMAS"

(POEMAS)



INDICE DE INTENCIONES

DE acuerdo con elementales normas de honradez comercial, se les exije a los fabricantes de cualquier producto, que especifiquen en cada envase el contenido neto del mismo, i hasta la calidadde las materias primas empleadas en su elaboración.

Encontrando plausible esa actitud, yo rogaría a los señores libreros que hicieran conocer este índice de intenciones a mis presuntos consumidores, para que ellos sepan a qué atenerse acerca del artículo que van a comprar.

Es este un libro de imajinación en el más vasto significado de la palabra:

Cuentos imajinados en imájenes.

Mas no por eso es un libro de fantasía. ¡Nada más lejos de eso!

¡Fantasía! ¡La simple enunciación de la palabra me subleva! Fantasía, es algo que suena a encaje, a filigrana, a puntilla, a rococó, a merengue. Fantasía es la divagación, el circunloquio, el preciosisimo. Amaricamiento de la sensibilidad.

I este es un libro masculino, hecho por quien aspira a producir un arte recio i vigoroso, sin fiorituras ni melindres de confitería.

Es un libro de imajinación, porque la acción de sus relatos, no se desenvuelve dentro de la lójica cotidiana, sino de acuerdo con otros ritmos que el autor se empeña en posibilizar.

La mejor definición del carácter de esta obra, consiste en declarar que se trata de un libro de aventuras, por el que me interné con el ánimo de un conquistador que ignora a donde le llevarán sus pasos en la selva que huella.

Acabo de salir de su intrincado laberinto i pienso renovar pronto el esfuerzo en otra dirección.

Pero en el transcurso del viaje, he aprendido, que el universo, no sólo es uno para cada ser, sino que para un mismo observador, como de la hoja de mica, pueden sacarse de él miles de universos paralelos que sólo en apariencia constituyen un todo.

En este libro las cosas están miradas de soslayo, para sorprender esos jestos suyos que con insuperable habilidad de ventrilocuos escamotean cuando se las mira de frente.

Los cuentos están abarrotados de imájenes, por cuanto colocar al hipotético lector en otro universo distinto del suyo, sin indicarle la razón de semejanza o diversidad que entre los dos existe, sería abandonarlo en un medio donde sus sentidos ca-

recieran de todo asidero para la orientación. Tanto valiera ofrecerle un libro en blanco.

Las imágenes, acotan — separan i unen — cada punto emocional del nuevo mundo con un punto semejante del mundo diario.

Siempre me ha tentado la aventura de lo imposible, mejor dicho, de lo *aposible,* porque lo imposible, bien mirado, sólo es la otra punta de lo posible.

Entiendo por aposible en cambio, aquello en lo que "ni siquiera se piensa" ni para sopesar sus quilates de posibilidad, i siendo tan reducido el campo de nuestro pensamiento, ¡qué amplitud abismal, de insuperables promesas, la del recinto de lo impensado!

Pero ¿cómo penetrar en ese espacio de espacios?

Este libro es una vana, acaso una vanísima tentativa de ello.

Comprendo que apenas si he conseguido planear en lo que se intuye, en lo que se sospecha, atmósfera imprecisa que separa a nuestro conocimiento de ese firmamento.

Quiero dejar sentado aquí, que ni por asomo, he pretendido sostener en mis cuentos ninguna idea filosófica, ética, ni de cualquier clase de inquietudes ajenas a la literatura. Son cuentos literarios. Nada más ni nada menos.

En uno de ellos se menciona al espiritismo. Yo no profeso en absoluto semejantes ideas. Por el

contrario, el tema me tentó, precisamente, por el carácter de imposibilidad que encierra.

No se vaya a interpretar tampoco mi actitud como un repudio a la literatura sicolójica. Me explico:

Creo que tanto el cuento como la novela sicolójica, que personalmente me entusiasman cuando el autor es un Jack London o un Goncharov — caen más bien dentro de la monografía científica, del documento antropolójico, que en el campo puramente literario.

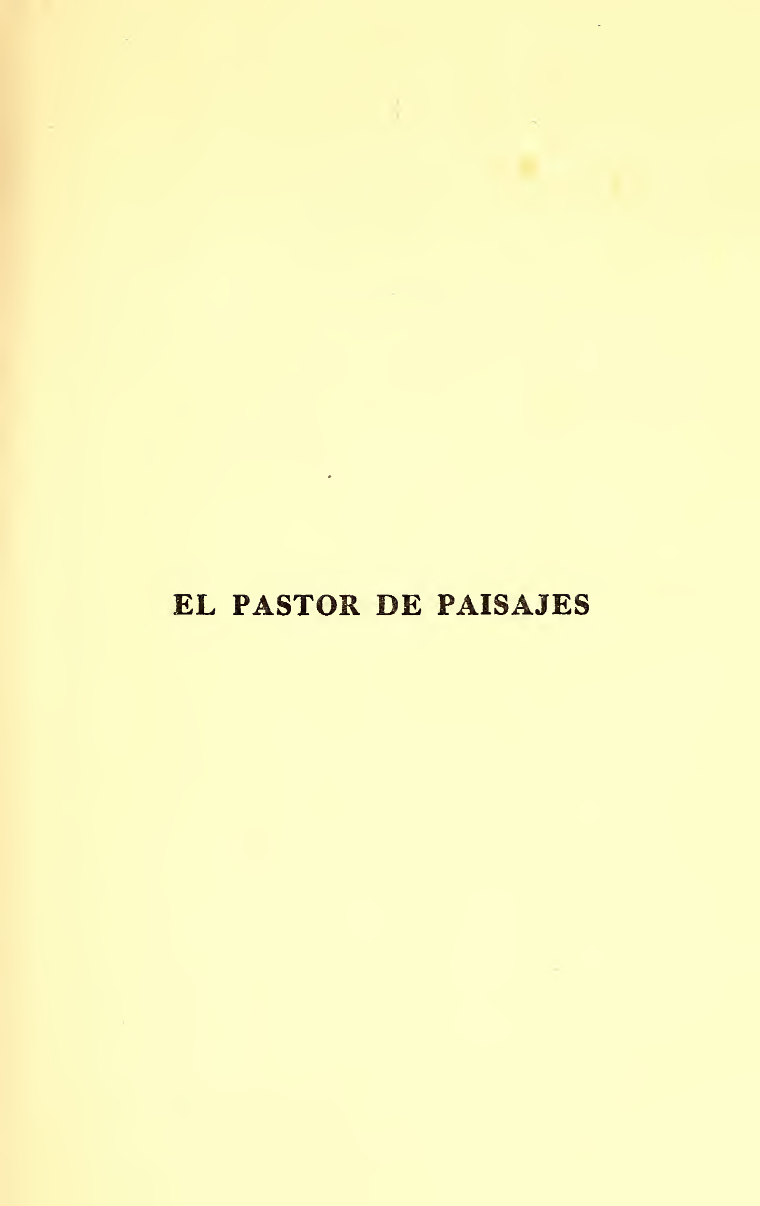
No creo que, por ejemplo, haya ninguna diferencia fundamental, i sí innumerables puntos de contacto, en la lectura de una obra de Dostoiewski i otra de Freud. Ambas son igualmente arrebatadoras i jeniales, pero los estremecimientos que causan, son de índole ética o filosófica, más que literaria, o estética.

Dicho esto, acabo de declarar que no hai sicolojismo en mis cuentos, o más precisamente, que hai en ellos el caprichoso sicolojismo que cabe suponer al reaccionar ante condiciones arbitrarias.

I para terminar, condensaré cuáles fueron mis intensiones al escribir este libro.

He tratado de desmentir, superándola, aquella afirmación de Guyau que decía: "El arte es la realización de los posibles", reemplazándola en la práctica por esta otra fórmula:

"El arte es la conquista de lo aposible".



EL PASTOR DE PAISAJES

ERA el indiscutible pastor de los paisajes. Ellos le obedecían mansos ante sus miradas que los acariciaban como manos bajo sus voces amansadoras, verdaderas voces de égloga, conjuros al espíritu de grei que alienta en el seno de cada cosa.

Pudo ser el caudillo de las cosas; su jesto de dominador, era definitivo.

Ante él los caminos eran más transitables, más hechos para ser hollados, más abiertos que nunca. Cuando pasaba veloz en un auto o en un tren, los árboles le presentaban armas i los charcos lo miraban con miradas de esclavas enamoradas. Las lejanías le tendían sus brazos atónitos por el ansia virjen de ser poseídas por él.

Acaso por sus largos ocios en los que el viento le pulía con el pulir que disuelve a las piedras milenarias en el agua del tiempo, ocios en los que los ojos se le colmaban de estrellas, que después derramaba sobre los arroyos al cruzarlos jovial, se le había diluido su alma, esa armadura impenetra-

ble que separa a los hombres del resto del mundo — prisioneros de si mismos.

Tal vez las cosas vieron en él al héroe de lo inanimado, al Mesías de lo extático, pero un Mesías guerrero que acabara con todo lo que se oponía a su libre necesidad de ser plenamente.

Pero él no parecía haber reparado aún en la belicosa intención de los paisajes. Por el contrario, se sumía en ellos como en un baño de mansedumbre con el completo abandono del recién despierto que se dejaba arrullar por la mañana. No asumía ante ellos el jesto audaz del dominador, del hombre audaz i despierto que se aferra como un desesperado a cada accidente de su panorama, que convierte a todo detalle en mojón de su ruta, en documento de su paso victorioso i conquistador.

¡Qué vida de verdadera égloga, de auténtico encanto debió ser la del mundo, cundo la creación reciente, no tenía aún espectador, cuando aún rejía el injenuo alboroto de los ensayos jenerales, antes de la aparición del hombre que debía imponerle las leyes de su voluntad i de su destino!

¡Qué pajarera de trinos disociados, de rumores entremezclándose, cruzándose los unos por sobre los otros, como las amplias notas de los cobres i las largas hebras de los violines cuando los instrumentos que recién se encuentran, se murmuran sus cosas, viven verdaderamente su vida, mientras se acicalan, se maquillan i se disimulan para la farsa

del concierto, en el que los acordes desfilan como azorados bajo la amenaza de hierro de la batuta a cuyo conjuro el camino se abre!

¡Qué algarabía sublime, en la que cabían más notas que las nuestras, i en la que, barajadas todas las posibilidades de sonidos, ya estaban agotadas todas las sinfonías, nuestras sinfonías, míseros islotes aislados de ese inmenso continente musical sumerjido!

¡Cómo debieron sobrecojerse ante esta auténtica invasión de los bárbaros que destruyó la única armonía posible del encanto imprevisto, de la improvisación ajena a todo determinismo!

Tropel de niños que esconden de pronto los juguetes de sus risas nuevas, ante la llegada del dómine de mirada transversal, así corrieron las maravillas aún sueltas en la mente creadora, a incorporarse en las absurdas jerarquías de planos i matices de los paisajes.

Por eso, ante aquel hombre simple, de alma mínima — no aquel de Asís, ebrio de hombría, que intentó dominar definitivamente a las cosas humanizándolas, imponiéndolas hasta los deseos i las pasiones de los hombres — ante aquel ser de mirada absorta, que dejaba fluír su humanidad injenua, i llenarse del estatismo de los paisajes, sintieron que su elejido había llegado, que el que anunciara el regreso a su era había ya nacido.

I el aire se llenaba de una alegría difusa, como

si ahora de veras, voces sin voz cantaran el aleluya: ¡Gloria al sol en las alturas i paz para las cosas libres de toda voluntad!

Porque en un mundo poblado de seres así, podría quebrarse la rijida disciplina de la costumbre, bailar los montes i retozar los ríos cauce arriba, a escalar las cumbres de las montañas, en donde las hogueras ebrias, improvisarían auroras i ocasos para los ojos deslumbrados i comprensivos de las bestias. Por eso lo miraban como a su conductor, i cuando él avanzaba por los senderos, los árboles le tendían los mantos de sus sombras, para que sus pies no hollaran el polvo, i el polvo mismo, bailando en remolinos, estrechaba a la luz desnuda como una niña, sobre cuyos pechos florecían dos estrellas jemelas.

I los montes adustos, apaciguaban su ceño a su paso, i los torrentes ponían sordina a su cólera, i todo parecía salir a su encuentro, como a la espera de aquellos ojos que quebrarían sus hierros, i en cuyo seno, encontrarían, no la fría razón que ordena, ni la pasión que domina, ni la intuición sutil que envuelve i anula, sino sólo el asombro, un asombro amplio, capaz de cobijar nuevos cielos i alegrías inéditas.

I su interior, se poblaba con los ecos de los deseos tumultuosos de las cosas que se precipitaban en él ansiosas de exteriorizarse.

Si en él la voluntad hubiera sido como la ma-

no abierta que peina al agua que se desliza por entre los dedos, cómo hubiera tronado su voz con el sonido bárbaro i nuevo de todas las voces que aullan amordazadas por el estatismo del silencio! Qué jestos hubieran sido los suyos, llenos de la cólera del árbol que blande el látigo del huracán, i de la violencia del alud — monte que baja a trancos las laderas.

Pero era excesivamente abierto, como un cauce, i corrían por él las voces de los panoramas, como agua de un torrente. Llenaban su interior cual la avenida que se desborda en la represa, i sólo encuentra salida por el hilillo tembloroso del silbido con que bajo el claro pórtico de la mañana justificaba la maravilla de su vida.

I no acertaba a comprender el ansia sostenida de liberación que pugnaba mordiendo las entrañas de cada cosa. Al contrario, él las amaba por su resignación, por su quietud; por la mansedumbre con que se dejaban acariciar por las manos de ceniza del tiempo.

I aquel alboroto que se retorcía en su interior, juzgábalo la voz de su propia alma, tal como pudiera el ángulo desnudo de un frontón, tener por suyo el eco de un grito que rebota en él, cual la pelota lanzada por un brazo violento.

I era el mismo hervidero de apasionadas ansias, el que lo llevaba casualmente hacia el rebaño de las cosas que transcendía paz i sosiego, i así vagaba

por los valles apacentando montes — piaras de elefantes de maciza paciencia — o se recostaba contra las esquinas de las calles ciudadanas, a participar de la quietud definitiva de aquellas manadas de edificios que alargaban sus torres i sus chimeneas, jirafas tímidas pacedoras de estrellas.

I en los puertos, esos domingos eternos en la semana de la ciudad en la que cada plaza es un jueves cordial — los oscuros transatlánticos transpasados de mástiles i jarcias lo miraban, mansos hipopótamos, cuya alma es nimia desproporcionada a la vastedad de su cuerpo, infantil i leve, refujiada en el alborozado gallardete del palo mayor. I él los dejaba partir a las cuatro distancias, regocijado por aquella sumisión de lo grande.

También gustaba de los interiores saturados de holgura, en los que los muebles se arrodillaban a su paso, ahuecando su seno para hacerse aún más acojedores, obedeciéndole aún antes de manifestar él sus deseos, en esa domesticidad total que consiste en identificarse con la vida del dueño.

Su vivir, tenía así una blandura de égloga. Por las mañanas, salía a los caminos, i las lejanías soñadoras i tímidas como corderos lo precedían, i hacia él se llegaban con pesadez bovina las casas lejanas, o le salían al encuentro los árboles matinales, enhiestos corceles.

I llegaban a no saber distinguir, si su canción, era el camino, hecho armonía en su alma, o si era el

camino su cántico adentrándose por el paisaje.

Al medio día, entre el hervor violento i hondo de la vida, él se recostaba, tendido de espaldas en la tierra i se sentía penetrar de un estatismo que lo transfiguraba en cosa, siendo un objeto más entre los objetos, como esos pastores niños de ojos absortos, que sólo son un cordero más entre sus corderos.

Así había llegado a ser un auténtico pastor de panoramas: los llevaba a lo largo de la vereda del día, desde el abrevadero de la mañana, al redil de la noche, en el que ellos, se sumían en el sueño de la inexistencia.

I cuando tornaba a recordar algo ya huído de su memoria, o cuando una música olvidada, volvía a estremecer a su alma con candor de paloma, se le desbordaba la alegría paternal de recobrar a un joven animal descarriado.

Nunca como entonces, le había llenado de piedad la idea de la muerte: piedad no por sí mismo, en quien ella no podría hincar jamás su insidia, sino por su rebaño, por su inocente i desprevenido rebaño de días i horizontes, que sería degollado de pronto.

Pero no era aquello lo que las cosas esperaban de él, en quien habían creído ver al ser audaz, decidido a desbaratar las prisiones de la razón, a proclamar el derecho a lo inaudito, a lo insospechado, i comenzaron a impacientarse al ver su pasividad, al

hermanarse con ellas, al aceptar compartir su esclavitud en lugar de ayudarlas a destruirla.

I le odiaron con un odio macizo, espeso i consecuente. Le volvían la espalda al verlo llegar. Ya nunca logró enfrentarlas, aunque daba largos rodeos para ello; todo jiraba a su paso, rèhuyendo presentarle la intimidad de su rostro.

¿No había querido al fin ser su pastor?

¿A qué otra cosa podía, pues, aspirar, que a caminar a su espalda, arreándolas?

¡I comprendió entonces, cuán ajeno es, en el fondo, un pastor a su rebaño!

¡A las ovejas que lo miran desde el fondo de los siglos, de las que toda una evolución de centurias lo separa; a las vacas de mirada tibia que lloran la tristeza del tedio!

¡Qué lejos del alma del pastor, cerrada como un puño que marcha tras ellas!

Se encontraba en un mundo escarpado, impenetrable, de líneas rectas, decisivas e inabordables, de formas concisas i escuetas, que enfriaban hasta las miradas con que las pretendía acariciar. Un mundo sin amortiguadores, violento i estilizado, por un estilizador de otra raza, que hubiera volcado en la estilización una personalidad extraña a la suya.

Andaba por entre aquellos árboles que tenían un aire de obreros desarrapados i hostiles, como un burgués en día de huelga, encojido i medroso, adivinando su cólera inexplicable para él, pero de presentida justicia.

Las losas flojas en sus alveólos le escupían como por el colmillo, con desdén de pilluelo, i todas las cosas, osaban con él, lo que no se habían atrevido ni intentar siquiera con los otros hombres, se le insolentaban, le bailoteaban delante, casi lo empujaban con un insultante exceso de confianza plebeya, esa pegajosa e ineludible camaradería que sufre de sus sirvientes aquel que habiendo sido su igual, ha conseguido encumbrarse.

Las horas ya llegaban de mal humor a su encuentro, no solícitas i deseosas de ser vividas como antes, sino somnolientas; algunas, ni llegaban a incorporarse por completo, siquiera.

Perdía las monedas, los cepillos, los pañuelos, esos objetos menudos que son, evidentemente, los hermanos menores de las cosas. Se le extraviaban en rincones inexistentes, que ellos mismos, se inventaban a propósito, i huían, corriendo a esconderse, sonando campanillas de burla.

Cuando entraba de pronto en una sala, percibía claramente que el silencio se espesaba aún más, que cesaban hasta las posibles conversaciones inaudibles, que sostienen las perennes visitas de las sillas i los sillones, tan circunspectos i urbanos, i que sin embargo hacían ostensible su grosería al interrumpir sus imposibles confidencias, para patentizarle su total desconfianza.

Ya ni el tiempo le corría, horizontal, interminable cada año con sus días grises e iguales — tren de

carga. — Le caía el tiempo de lo alto, vertical le golpeaba un recio granizo de minutos concisos, individualizados i definitivos, o le desanimaba una garúa invariable de impalpables segundos, que le calaba hasta el tuétano del alma, penetrándole el frío acerado i perfecto del tiempo.

Los calendarios se le barajaban en un desbarajuste espantoso, tenían semanas de ocho días, monstruosas como manos de seis dedos, i otras de una excesiva brevedad de tres días, semanas de pata de ñandú.

I en aquel barajarse en el que los lunes saltaban por encima de los viernes i los junios atropellaban a los desprevenidos febreros, los almanaques se desequilibraron hasta tal punto, que tras el 8 de diciembre, vino el 24 de agosto, i luego, tras el 11 de julio, llegó la sota de copas, i aquello ya no era un día, sino una carta, una baraja, algo intercalado en el tiempo i que no era duración, algo incrustado, como un cálculo, como una piedra en un cuerpo vivo.

¿I el horizonte? El horizonte era un diafragma, un perfecto diafragma de un aparato fotográfico, que tan pronto se le encojía hasta circuirlo con la agobiante proximidad de un salvavidas, como se ensanchaba hasta lo inaudito, tan inmensamente amplio, que las cosas se le salían de su foco i se le desdibujaban i diluían, circuídas de una neblina irisada.

Caminaba a zancadas, mísero compás humano que tratara en vano de medir i acotar al tiempo i al espacio, de los que se sentía desposeer definitivamente.

Los autos le guiñaban un faro al pasar persiguiéndose, i con insolencia canina, las sillas levantaban una pata en los rincones de las salas.

Los postes telegráficos, le bostezaban en la cara, estirando sus cruces en un tedio de siglos, i el viento recojía ,apresurado, el interminable yute de los caminos, cual en las grandes tiendas en los semanales apocalipsis de las 12,30 de los sábados.

Ante sus ojos atónitos, se reducían los telescopios de las palmeras, enchufando unos en otros los anillos, i hasta los bancos de las plazas, se levantaban i pataleaban brevemente en el suelo, cual el que desentumece sus pies tras prolongado reposo.

Cómo vió entonces que los lagos de los espejos se comunican subterráneamente, i que nuestras imájenes bucean en ellos i resurjen en uno, anhelantes de luz — el aire de las imájenes — tras el prolongado chapuzón desde el último. I era todo tan nuevo. que el corazón se le infantilizaba, arrojando en un rincón la experiencia, piel caduca e inservible, desnudándose ante aquel universo recién nacido, cuyos senderos le eran desconocidos i cuya alma le resultaba inaccesible como una mujer extranjera.

Ya no había más brújulas que las veletas, que desde lo alto de las torres habían dictado durante

siglos inútilmente, su lección a los hombres, posibilizándoles un norte en cada ruta.

E intentaba conciliarse con aquel nuevo mundo, alegre por el insospechado atajo de existencia, por el que su rebaño, al precipitarse tumultuoso, le había arrastrado.

Pero en vano trataba de congraciarse con él con ese jesto cobarde i cordial con el que buscamos el arrimo i solicitamos la ayuda del simplemente coconocido en la reunión extraña para no sentirnos tan solos. Las cosas le rehuían hurañas, evidenciándole su odio, dejándole de lado con sus desaires.

Lanzaba sus miradas sobre los montes i ellos huían — manada de dromedarios — o trataba de acariciar la laxitud i el abandono de la mansa llanura, i ésta se empinaba con hurañez en fragorosa montaña áspera i riscosa.

Hasta las playas tironeaban a su vista, la siempre insuficiente sábana del mar para cubrir sus doradas desnudeces.

I él lloraba en su corazón por aquel dislocamiento del tiempo i del espacio, que se entremezclaban de tal manera, que le dolía el choque contra algunos minutos empedernidos, i le laceraba el alma el huir ya temporal de las lejanías imposibles como un ayer o un mañana! Lloraba la pérdida de la alegría de su orden, tan suyo, de aquel enfilamiento de causalidades, que flanqueaban sus caminos con solicitud

de lacayos cordiales i serviles que le aliviaban hasta de vivir haciéndolo por él.

Después el desparrame fué más total e ilójico, hasta que en el rincón más insospechable, contempló un auténtico aquelarre de las cosas, en el sábado, en el gran sábado víspera del día final cuando se refocilaban en una libertad absoluta, límite de su aniquilamiento.

Llegaban los tranvías empavesados de poemas, i los colchones bailaban — osos — mientras las bicicletas — esqueletos de sí mismas — se deslizaban por las junturas del tiempo.

Hasta dios, parecía un hortera endomingado. montando las cebras de sus arcoiris. I la desconcertante armazón de las trilladoras se descoyuntaba en una danza de jazz apareada con la hermética perfección de un silencio.

Los periódicos otoñales, aterrizaban deponiendo su vuelo de albatros, mientras los montes saltaban en la comba del horizonte.

Allí un paraguas plegado — esmirriado seminarista — atisbaba los desvergonzados guiños de la luna kepta de una lámpara de arco, ajamonada i fofa . . .

Huyó espantado, penetrado de un horror a todo, temiendo caer en las grietas abiertas en el espacio, reseco i envejecido, huyó del aquelarre por el insospechable bosque en que se celebraba, bosque inaudito i municipal de faroles, bosque correcto i deses-

perante, cuyas ramas se contenían arrolladas en sus vitrinas. Comprendió que se hallaba en el último bosque imajinable, por ese aspecto definitivo i vijilante de los faroles, resueltos desde el principio, desde siempre, a ser los últimos, los que perduren a pesar de todo.

Bosque alucinante de silencio perfecto, silencio que se aquilataba en la madurez de las lámparas eléctricas.

I mil luces cayendo sobre él, le destrozaban el cuerpo, tironeándole en todos sentidos por mil sombras diverjentes, que se cruzaban en estrella cuyo núcleo era él. Feroces tirones que lo dislocaban, que lo sacaban de quicio, en su encono por descuartizarlo.

¡I vió a su cuerpo traicionarlo! A su cuerpo que era la única cosa que le había permanecido fiel a pesar de todo, perro ovejero que de pronto le mostraba en sus dientes un odio afilado . . .

Porque su cuerpo había cedido, i ya no era la cosa enteriza de siempre, sino que aparecía yuxtapuesto en diez o quince cuerpos, tal como nos vemos en los biseles de los espejos. ¿Habría llegado en su huída a un bisel, a una arista del universo?

Una ráfaga de tinieblas cruzó, anulando el bosque de faroles.

Sintió una última presión que lo constreñía, ya en el borde de lo absoluto: Eran las amenazantes mandíbulas del arriba i el abajo que al fin se cerraban, devorándolo.



EL ALBA DE DIOS

FUE en la trastienda de un silencio, aún entoldado de penumbra, cuando me hallé frente aquel hombre, en cuyos ojos fluctuaba una inquietud con ese titubeo de las plantas marinas, que extienden sus brazos ansiosas de ser acariciadas por la luz.

Me miraba como un ser que se sintiera sumerjir en un silencio imposible i que viera en mí una remota esperanza de salvación.

Era, por lo demás, el hombre cotidiano, ese en cuya compañía desnudamos tantos almanaques, i al que acabamos por contemplar como una imájen propia a fuerza de sabida; justificador hasta del mismo tiempo en su incorruptibilidad de testigo fiel, en su cambiar a la par nuestra, que es la forma suprema de la estabilidad.

Pero aquella mañana, se veía, que, desde años, acaso desde siglos, venía su alma en peregrinación desde el fondo de sí misma, ansiosa de manifestársenos distinta, i que comenzaba a llegar.

Primero tendió entre nosotros el puente de una

sonrisa, i después, cual si ya la inquietud le hubiera llegado a la superficie de sus ojos, me miró, no sólo como nunca me había mirado, sino como yo no suponía que podría él mirar.

¡Qué aferradoras sus miradas! ¡Cómo consolidaron, cómo amarraron a mi alma aquel segundo inolvidable en el que casi sin palabras, comprendí toda su historia!

—Hoi soi Yo, me dijo; mañana, aunque caso no deje de ser Yo, ¿quién seré? En la penumbra de mi sueño, aun no del todo disipada, penetró aquella frase insospechada, como el rayo de un sol extraño, como debe ser la iluminación de una de esas estrellas dobles, en cuyos planetas, las cosas tendrán una evidencia doble, pero no superpuestas, una para cada luz . . .

—Mañana, le contesté, cuando llegue mañana, esa paloma que aún aletea incierta entre las cándidas manos de la nada, seremos aún, i ya seremos otros como es otra la nota a cada instante, pero una sola i misma la sinfonía.

—¡Ese es el fluir alegre i hondo de tu vida, el sonoro vivir de quien sigue su ritmo! Pero mi vivir, es el entrecortado de la nota que ya es de una sinfonía, ya de otra.

I ya no pude contener el torrente.

—Hoi me he despertado siendo Yo, este yo que conoces desde hace años, tengo la completa noción de mi continuidad; los dos o tres colores, las cua-

tro o cinco notas del niño, de aquel que construía su universo con elementos tan simples como los cubos de sus rompecabezas; el irrumpir tumultuoso de una adolescencia, en cuyo amanecer, las hogueras de mis ímpetus pluralizaban la aurora en los cuatro horizontes, i este remansarse los días en un vivir plácido que conoces; los recuerdos quedan como hitos que deslindan mi vida de las otras vidas, pero yo veo en este instante a esa vida mía, como puede ver un camino a otro camino con el que se cruza, i en el lugar de cuyo encuentro, asume las dos lejanías que lo sustentan. Estoi, mejor, soi una encrucijada . . .

Me agazapé en un silencio felino, para saltar sobre el desbande de sus palabras.

—¡Ayer! ¡Qué sencillo es el tiempo cuando el ayer es uno solo! Es el hilo en el que hilamos el vellón de nuestra alma. Pero cuando son dos, tres, cientos los ayeres, qué trama insondable, qué trabazón imposible de desenmarañar!

Ayer tú me veías, me palpabas con esa certeza de cosa que sólo la continuada presencia confiere, porque en lo que por vez primera percibimos, parece más fresco el milagro de la existencia, como si aún estuviera la cosa balanceándose en el filo de lo posible, entre el ser i el no ser, ¡como si aún estuviera impregnada de la frescura de la mente creadora! Pero yo era para tí, un ser de existencia madura, con una madurez que transcendía la miel de

la realidad; me mirabas con ese abandono del que ya no necesita esfuerzo para cerciorarse de un hecho i hacerlo suyo. I yo también tengo ese recuerdo, ¿cómo no tenerlo? Yo también veo en tí el reposo i penetro en tu alma con esa anchura, con esa holgada amplitud de la amistad sincera. I sin embargo, hoi como nunca, tiemblo, como si penetrara en ella furtivo para abusar de tu jenerosidad. Yo veo esta realidad que nos es común aunque nos separe la individualidad, como en una fotografía estereoscópica, i la veo tan antigua, tan remota, con una claridad de cristales recién limpios, de cristales aguzados, transparentes a fuerza de haber sido traspasados ya por mil miradas, i lo miro todo, nuevo de toda novedad, como si todo estuviera recién hecho; como si hasta la duración, ¿entiendes? ¡hasta la duración, hasta el pasado hubiera sido creado de pronto!

I jesticulando me llegaba a sacudir zamarreándome con violencia, como si las verdades se desbordaran por el cauce mísero de sus palabras temblorosas i rebalsaran por sus manos, por los poros todos de su cuerpo.

—¡I es que yo no soi el Yo de ayer! Soltó de pronto como quien arroja un bulto que lo abruma. —¡No soi el Yo que tú conoces, aunque no deje de serlo!

I respiró tan hondo como si hubiera hallado el corazón del viento.

—Ayer era otro... No me interrumpas! — gritó irritado como temiendo la zancadilla de una pregunta. — Ayer yo era otro... hasta en otro país; casi no sé decirte si en otro año!

I con una voz en la que fluctuaban dejos de otros acentos extraños, añadió:

—¡Era mi noche de bodas, la noche de la fiesta de los instintos libres! ¡Cómo la había deseado! ¡Mis miradas la habían recubierto desnudándola como túnicas transparentes! I ahora era ella entre mis brazos, como una mártir, como una torturada, transpasada por las flechas de mis deseos.

La había poseído, con la delectación cobarde de un crimen largamente premeditado, i ella ahondaba aun más aquella sonrisa de víctima predestinada hacía aun más líquidas sus miradas, manantiales en los que bajaban a abrevar aullando mis instintos.

I cuando mi cuerpo laxo como un arco después del disparo, cayó en la piscina del sueño, ¡qué lejos estaba de sospechar a dónde iba a salir!

I mirándome con ojos extraviados:

—¡Cuando me volví a despertar, era *yo*! Este yo que tú conoces, *yo* con todos mis recuerdos, ¡hasta los nimios detalles que anclan i determinan toda vida!

—¿I ella?

—Ella estará allí entre los brazos de su amado que será el mismo de siempre, con toda la furia

suelta de sus deseos, aunque ese, ya no sea *yo*. No pienso en ella taladrado de celos ni de ira, como no los siento por los millones de mujeres posibles para los posibles millones de hombres...

—¿I *eso* te ha pasado ya otras veces?

—¡Cientos! Antes de ser el enamorado de ayer, sufrí la pesadilla del crimen. ¡Qué sabor fuerte de tabaco frío, de café cargado, tenía mi vida! ¡Qué densidad mi tiempo, era un tiempo irrespirable como una atmósfera de taberna, mi alma tenía la tremenda simplicidad de los últimos días, cuando ya todo es igual, i había una fruición verdaderamente carnal, en ultimar una vida! ¡Es una sexualidad apasionada la del crimen!

El puñal, es casi un símbolo fálico multiplicando los sexos de las heridas por los que también la vida fluye...

¡I la audacia! Aquel posesionarse de la blandura femenina de los asombros ajenos ¡Aquel introducirse como una cuña en los destinos de los otros! ¡Se muerde el orgullo de colaborar con el destino, de anticiparse a Dios! Pero ya estaba enjaulada mi furia, i cuatro cirios, eran como una siniestra cruz del sur que marcaba el límite de mi vida. Yo estaba en capilla, i el día siguiente debía ser el último día.

Como en el regazo de una madre me acojía en el sueño que apaciguaba mis ansias. Aquella noche, caí en él, en su negrura propicia, como para ten-

tar la evasión suprema al amparo de su noche, i a la mañana siguiente, yo despertaba en la clara esperanza de un enamorado en las vísperas de su boda.

—¿I el otro?

—Debo confesarte que siento cierto desprecio por aquellos a los que ya he vivido... De aquel, no supe nada más, era en un país distante. Debieron ahorcarlo al alba.

—¿Pero me crees? ¿Me crees? ¿No piensas que divago, que miento, que desatino? Saltó de pronto aullando como si sospechara un atisbo de burla o duda en mi silencio.

—Te creo

—¡Es la primera vez, es la primera vez!

I reía i lloraba a un tiempo, como un aguacero leonado de sol.

—Fué en otra ocasión, cuando yo era otro, no ninguno de esos que ya te conté, sino otro, un filósofo injenuo que creía en los hombres, cuando quise convencerles de la realidad de mi aventura, relatarles lo pasmoso de mis tránsitos, pero me tomaron por loco. . .

¡Años me tuvieron encerrado! ¡En vano procuraba escaparme por el túnel del sueño! Me acostaba a dormir con el jesto ambiguo del que desea una cosa i no la expresa, atisbando de soslayo la llegada del sueño, i tal vez por eso no lograba enfocarlo como otras veces i horadar su pulpa.

¡Años de gritos arañando en el aire, i de manos que tamborileaban una impaciencia desigual i frenética! ¡I nadie me creía! Recurrían a procedimientos infantiles para cerciorarse de mis palabras... Hablaban de las impresiones dijitales distintas. ¡Como si las impresiones dijitales no fueran una de nuestras tantas costumbres! ¡Como si hallaran más imposible el cambio de ese insignificante entrecruzamiento de líneas, que el trastrueque definitivo de todos los elementos que integran la personalidad!

Su incomprensión aguzaba mi ira. En mi cerebro sutilizado, penetraba una ráfaga fresca de locura...

Un día no pude más i salté sobre ellos, para herirlos, para hincar en ellos mis convicciones, pero me molieron a golpes, i caí desmayado.

Fué por la cuerda floja de aquel desmayo, por el cimbreante cable de aquel vahído, como entre cabriolas de irrealidad, pasé en vertiginosos equilibrios a ser otro.

Casi sentí el tránsito, ese provisional no ser nadie, ese total ser cualquiera, ese "empezar" a ser otro...

I desde entonces, por todas mis vidas, he guardado silencio, porque a través de todos los seres que he vivido, aun no había encontrado uno como tú a quien conociera desde tan antiguo, ni uno que tuviera como tú la tienes ahora, un alma

abierta de par en par como si fuera el pórtico del amanecer.

Sentí, que yo era, en efecto, un amplio ventanal por el que irrumpía una anchura de cielos nuevos ante el milagro de aquel amigo de siempre, en quien descubría de pronto un nuevo amigo.

—¿Piensas en ti? ¿Piensas en ti?—inquirió de pronto; pero con un tal ahinco, que la pregunta ya era un mandato, i luego, desenvainando al fin todo su imperio, pero no sin un último dejo de súplica:

—¡Piensa en ti! ¡Piensa en ti! ¿Tú nunca has sido otro? ¿No recuerdas que tu vivir haya corrido por otros cauces, por el elemental de un salvaje, por el laberíntico espíritu de un sabio? Porque hoi sospecho, con claridad infinita, que acaso mi caso no sea único, que posiblemente en todos pasa lo mismo, solo que en mi, por vez primera, se ha producido el fenómeno asombroso de una memoria extra corporal que auna todas esas trasmigraciones. ¡Piensa en ti! ¡Piensa en ti! ¡Húndete en los senos más profundos de tu memoria, escarba, revuelve, indaga, por si encontraras nada más que el dejo, la más leve traza del perfume de otro vivir!

I clavaba en mis hombros sus manos nerviosas, afiebradas de impaciencia, mientras yo clamaba en mi interior, i agudizaba mi atención a la espera de un eco extraño que revelara un recoveco insospechado, i por fin le dije:

—Ausculto mi vivir, pero no puedo hallar en él ese milagro de tu existencia múltiple; por el contrario, mi existencia, está condicionada por otro milagro aun más asombroso: Yo soi como una sarta, como un engarce de momentos, de días, de dolores i de gozos sin nada de íntimo entre ellos que los encauce i que se han venido a realizar en mí: mi vida es la unificación de todas esas cosas distintas.

—¡Ah! No niego la grandiosidad de tu milagro, pero no has penetrado en la magnitud del mío. Yo he realizado íntegramente esa unificación de una vida; ahora, por ejemplo, vivo el segundo necesario para que no se interrumpa este vivir del que tú conoces i estimas, abarco también toda la perspectiva de su vida pasada i la borrosa posibilidad de su futuro, i como unifico esta vida, he vivido unificando cientos de otras vidas, i aun temo... aun temo...

Sus escalofríos, sus temblores, denunciaban un terror supremo.

—Aun temo, balbuceó... que un día me despierte en dos seres, en tres seres a un tiempo, en cien seres en cien tiempos iguales o distintos, pero simultáneos, i es que ya he llegado al límite en el que comprendo la sencillez total, la posibilidad absoluta i asombrosa de la ubicuidad.

Y ya más sereno, como gastado a fuerza de tensión nerviosa, como el torrente, que tras de descender a trancos de pastor de cabras las laderas abrup-

tas, crispando al aire de canciones bárbaras, se deja correr besando la mansedumbre de los prados con un leve murmurar que se ignora a sí mismo, añadió:

—¿No será que en mí está naciendo la conciencia de dios? ¿No será mi vivir el primer resplandor de esa alborada, que en mí es dable contemplar por vez primera la subconsciente corriente que auna a todas las almas en el haz maravilloso de la divinidad?

El asombro, debió dilatar mis pupilas de tal modo, que de haber tenido aquel día dos mañanas jemelas, yo hubiera alçanzado a gozar a las dos, mi comprensión se abría a tan desmensuradas amplitudes que hubiera cobijado a ejércitos de posibilidades.

Lo miré como al rabdomante del agua más agua, i hasta creí sentir en mí el rumor de hondísima marejada.

Pero una pueril preocupación, me punzó de pronto:

—¿Nunca has encontrado a otro, cuyo ser, ya hubieras asumido antes?

—Varias veces, pero no hai en eso el choque dramático que supone tu avidez de espectador. Piensa que mañana, pudiera yo amanecer siendo uno de mis actuales amigos, al ver al que hoi soi yo, sentiría lo mismo que él sentiría viéndome ahora, solo que habiendo auscultado tan a lo ín-

timo el pulso de su vivir, nuestra amistad sería más perfecta, aunque el que hoi soi yo, no sospechara el cómo ni el por qué...

—¡Ah! ¿Ellos no sospechan...?

—¿Cómo podrías tú sospechar que ahora "otro" estaba viviéndote, si se alojara hasta en tu propia sensación del yo?

—Pero esto que tú hablas ahora conmigo, ¿lo recordarás mañana, cuando ya seas el otro?

—¡Si eso fuera! ¡Si eso fuera! ¿Comprendes? I se debatía estrujando sus manos como si quisiera exprimir de una vez mi atención.

—Si eso fuera, habría alcanzado por fin la ubicuidad, tendría dos sensaciones simultáneas en seres distintos. Tendría el consuelo, el amparo de mi propia compañía, pero hasta ahora he vivido solo, en una soledad de siglos. Tu cuerpo, tu ser, es tu casa solariega, conoces sus estancias palmo a palmo, medidas en el angustioso paseo de las largas esperas, el crujir de sus puertas, es acojedor como el invariable rezongo de una vieja ama de llaves, sabes qué lejanías custodian sus ventanas.

En cambio, yo llego a cada ser en los que me alojo, con ese carácter de transitoriedad, que enfría, que agranda, que hace inaccesibles a los techos de las habitaciones de hotel. Hai en mis actos una frivolidad siniestra que no alcanzan a percibir los seres que vivo.

Sólo un temor muerde a mis horas, i es amane-

cer un día en un hombre que se encuentre en el flexible trampolín de su último instante, i que me lance de un golpe en la nada . . .

Comprendo que esa posibilidad de mi muerte, no es más cercana que la de cualquier otro ser, pero sí más tremenda. ¡Haber llegado hasta este punto, i no poder determinar la razón de ser de estos cambios, el por qué de mi ruta, como la ventanilla de un vagón que apresa i suelta como pájaros a mil paisajes sin saber por qué los acaricia ni por qué los une!

Pero ahora te he hallado a tí i tu alma me servirá de asidero, te veo abierto, comprensivo, como nunca hallé a otro en mi precipitada fuga a través de la ardida selva de las almas. Tú me servirás de polo ya que no de ancla, presidirás mi vida como la estrella cuyo imposible mirar vijila todas las rutas. I en cada nuevo tránsito, te enviaré noticias, te tenderé mis voces enseguida, tal como el agua que tras correr oculta, apenas asoma, lo primero que acierta es a espejar la luz. Te escribiré en mil idiomas distintos. Te llegarán unas cartas después que otras escritas con anterioridad, porque mañana podría yo realizarme en el más lejano país, antípoda también en el tiempo, del otro lado de la eternidad, i pasado, desde un departamento contiguo al tuyo.

¡Cuántas veces te llevará mi voz, el clamor de un vivir, cuando yo no sea más, luz de un astro apaga-

do hace mil años, pájaro de llamas que viene a morir fatigado en el sosiego de unas pupilas!

Pero ya desde ahora tú asumes el centro de mi pista, te conviertes en piloto de mi aventura, tú podrás fijar la curva descripta en este vertiginoso errar, evidenciar mi ruta: ¡Quién sabe si de ella misma no volará la razón que la justifique o el anhelo que la realiza!

Nos separamos al fin como todos los días pero en aquel en el que nos despedíamos hasta el día siguiente, o hasta siempre, había en nuestra oficina la vaguedad maciza i activa de los puertos i nuestras manos, sopesándose mutuamente, estrujaban un adiós de juicio final.

. . . .

. . . .

I al día siguiente, ya no estaba allí.

Llegó el hombre cotidiano, trayéndome como de costumbre otro día i otras horas a cuestas entre las páginas del diario, paño verónico en el que quedan estampadas las agonías i las ansias del calvario de cada día.

Inútilmente le hablé del día anterior. Mis explicaciones rebotaban en él, me estrellaba en vano contra su pétrea incomprensión, sus miradas empavesadas de asombros, resistían burlonas el frenesí de mis preguntas.

Me rechazaban sus bromas con el blando pero decisivo rechazo con que repelen los choques los

rollos de cuerdas en los costados de las embarcaciones.

Recordaba con minuciosidad sus actos del día anterior, pero nuestra conversación fundamental, no había existido para él.

El "otro", ya no estaba allí.

Los días se fueron siguiendo con esa monotonía solemne i sin sentido con que se suceden precisos, con una exactitud inútil las aves que nadan en un estanque turbio.

Hasta que un día revoloteó entre mis manos ávidas, una carta, i más tarde otra, i otra, i otra, golondrinas para el verano de mi impaciencia.

Unas llegaban cansadas, transidas de distancias, apenas si acertaban a murmurar su contenido, otras eran impacientes de ser leídas, cortas e incisivas como puñales que quisieran clavarse en el tiempo, otras más largas, de espíritu más reposado, como escritas en uno de esos días dilatados de horas amplias como salones, en las que cabe el recuerdo de mil otras horas.

Las había de pensamientos confusos en las que fatigaba seguir la hilación, con ambiente de pesadilla, i esos rincones tan hondos i recónditos de oscuridad, que sólo son posibles en un sueño. Otras, en cambio, elevaban sus razonamientos como columnas rematadas por el frontis de una conclusión perfecta. Sus saltos eran totalmente absurdos; subía i bajaba por una cordillera de almas

en un desatinado alpinismo. Había allí los balbuceos que ascienden trabajosamente del seno de la bestialidad i los deliquios i arrobos de quien desde una cumbre abarca tan inmenso escenario que siente engrandecer a su alma hasta hacerla digna de la fuerza de tal peana.

Después, dejé de recibir más cartas.

Hace ya casi un mes que no tengo noticias suyas.

... ...
... ...
... ...

Yo...

Yo lo temía, lo temía... Yo...

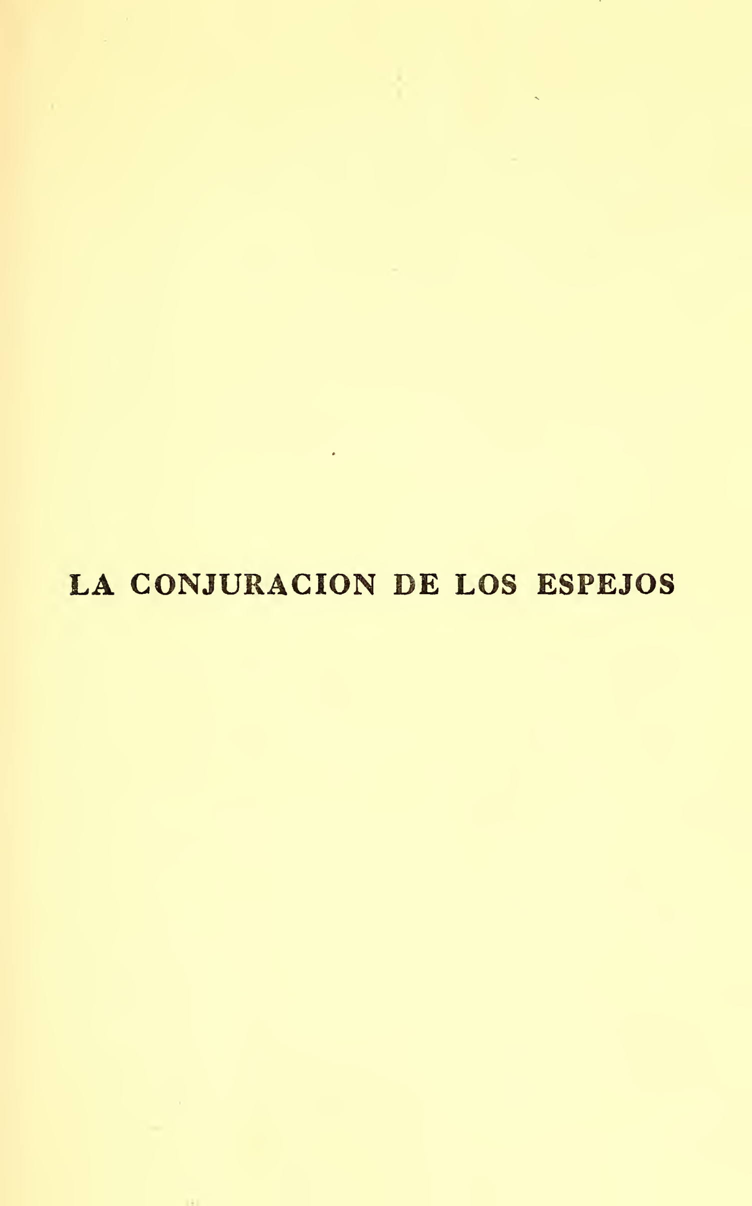
El salto ha sido formidable. ¡Qué fatal puntería! ¡Caer en ser yo!

Los lobos... Cuando me dormía... Siberia... la nieve... i aquel círculo de ojos que se estrechaba...

¡He despertado en MI!

¡No he recibido más cartas ni las necesito! ¡Hoi me he recibido a mí mismo!

¡Hoi soi yo! ¡Soi yo, yo, yo, yo YO, YO,YO!!!



LA CONJURACION DE LOS ESPEJOS

MIRABA de través, como si quisiera hundir sus miradas transversales más en lo hondo de las cosas, desgarrando ese tejido adiposo que separa de nuestra vista la entraña íntima e inalcanzable de los objetos.

Eran ojos insaciables que intentaban adueñarse de todo sólo con enfocarlo. Amenazantes como kodaks. Kodaks standard de los turistas que en lugar de retratar, proyectan los paisajes convencionales de que los proveyó la ajencia. En los espejos aquellas miradas eran especialmente desagradables.

Gozaba en herirlos.

Cuanto más abiertas, cuanto más indefensas, encontraba a esas extáticas pupilas de todo que son los espejos, que no tienen ni la piedad de un párpado que las aisle momentáneamente de la continua intromisión de los paisajes i los seres, mas presto se volvía, casi brutalmente para arrojar en ellos con brusquedad de piedra una mirada.

La ondulación imperceptible se producía, pro-

pagándose en el aire como un mensaje de ira.

Otras veces los observaba con miradas agudas como la punta de un diamante que quedaban allí como esas fechas trazadas con un anillo que pretenden envolver en el lazo de su rúbrica, al instante huidizo.

Ellos lo conocían ya. Cuando entraba en una habitación, se alarmaban visiblemente. Debía abandonar su actitud pasiva de espectadores para sobrecojerse... Cuando él les daba la espalda, ellos le miraban de reojo esperando el momento en que iba a agredirlos.

Nadie se vanaglorie de ser un domador de espejos!

La fuerza activa se encauza i en todo grito puede amanecer un canto; pero en la pasividad del ser sin la imperfección de la lucha, late el anhelo heróico de independencia que no doblegan los esfuerzos de nadie, porque lo pasivo, urde su raigambre en las entrañas del tiempo, cauce como él definitivo, por el que se atropellan por sucederse la vida i los sucesos.

Distendida la voluntad de los espejos en la prolongada alarma, habían llegado a odiarle con la pasividad con que puede odiar una cosa.

Empezó por verse con la figura desdibujada de los malos azogados. Esas imájenes que parecen ser la consecuencia de un terremoto aéreo, como si el espacio se arrugara. ¿Era que los espejos fruncían el ceño?

Parecía más bien como si el cristal se estrujara con ánimo de expulsarlo de su seno.

Después, otro día, al asomarse a uno de ellos, notó una palidez amarillenta y apareció su cuerpo desvaído, como en un daguerrotipo, borroso, tal la impresión lejana de un hecho indiferente que empieza a hundirse en las arenas movedizas del olvido, de donde no se torna.

Su misma ropa adquiría en el espejo el ceñido excesivo i los severos pliegues de las primeras fotografías. Acaso más que su propia imajen actual, le ofrecían reminiscencias de lo que había sido un siglo antes, cuando dispersos sus elementos en varios seres, atisbaban el paciente barajamiento que debía unificarlos en un solo ser.

¿Cuántos de esos prodijiosos solitarios, fracasan sin lograr solución?

Cada vez que se asomaba a una de esas ventanas interiores que son los espejos, se iba notando menos propio, menos él mismo. Veía como insensiblemente se iba operando el imposible divorcio entre su figura i su imajen.

Sin saltos bruscos, con suavidad paciente, los espejos fueron desarrollando su táctica.

Habían acabado por ofrecerle su cuerpo en un disparatado entrevero de miembros. Irritados, obsesionados, no querían limitarse a devolverle la imajen como la habían recibido, con la pasividad de siempre. Empezaban a razonarla, a interpretar-

la. Los espejos comenzaban a *verle* como espejos.

La sumisión secular en que habían abandonado su individualidad, se conmovía de pronto.

I en su criterio inhumano, insospechable, le devolvían aquella figura suya. Sus miradas eran cada vez más torvas.

Una mañana, acababa de despertar e iba aun por los predios de lo inconsciente en busca del disperso rebaño de sus facultades, cuando se incorporó en el lecho i comenzó a vestirse.

Dirijió la vista al espejo con ánimo de recojer su imajen que había depositado en él la noche anterior.

Su primera sensación fué de frescura. Parecía aquel espejo el manantial de donde fluía la mañana. Además vió una imajen completa, sin las absurdas combinaciones caleidoscópicas de su cuerpo a las que ya le tenían acostumbrado.

Pero cuando el último telón de sueños se hubo descorrido, vió con asombro que la imajen que el espejo le devolvía, no era la suya.

¿Era posible un error?

—Siempre es bueno sospechar de lo insospechable...

Sus miradas indignadas, rastreaban como garfios en el fondo imposible del espejo en busca de su imagen náufraga.

Inútilmente.

Pensó en la posibilidad de un simple error individual de la luna de su ropero.

Recurriría al gran espejo de la sala. Aquel espejo en el que su imajen de criatura se había dilatado día a día hasta la virilidad.

Aquel espejo que había pertenecido a sus abuelos i que era como una galería de retratos de antepasados al estado latente, no le podría negar su verdadera imájen.

No quiso entrar, sin embargo todo entero, en la sala, le bastaba su rostro, solamente su rostro. Las manos, aunque fueran las del más criminal, el cuerpo el más corcovado i maltrecho, las piernas más endebles i ridículas...

Pero su rostro, el rostro en el que todo el cuerpo se empina, hasta el que el último miembro se asoma ansioso de exteriorizarse, de manifestarse en jesto; que al menos eso se lo devolvieran intacto.

Pasó la cabeza entre los cortinados, hizo ondular sus miradas por toda la sala i al último las sumió en el espejo.

Otro.

Era otro el que desde el fondo de la imajen de las cortinas, asomaba una faz inexpresiva i pálida; otro, tan indiferente a su presencia, que ni siquiera le miraba a los ojos en ese jesto cordialmente indagador de las jentes especulares...

Si el espejo hubiera estado en blanco, si ninguna imajen lo hubiera conmovido, acaso se hubiera po-

dido convencer de que se habían muerto. ¡Qué aspecto de pescado muerto el de un posible espejo ciego!

Pero aquello hubiera sido por parte de ellos una acción. ¿Qué harían los espejos si fueran amontonando en su seno las imájenes en lugar de devolverlas?

Un día la paciencia del tiempo los colmaría, i la realidad entera se habría volcado en ellos, dándose vuelta en lo virtual como se vuelve un guante.

Pero no.

Los espejos se limitaban a lo peor: lo desconocían.

No se tomaban el trabajo de reconocerlo; le devolvían cualquier imajen, la que primero se les ocurría, como para conformarlo i que se dejara de embromarlos.

Le buscaba los ojos. ¡Ah! Si pudiera asirlos con los suyos, penetrarlos con sus miradas... ¡Qué sexualidad suprema la de una mirada que se hinca, que posee a otra!

Pero los ojos del otro, revoloteaban con tibio vuelo de gaviotas en verano.

Los ojos del hombre, nerviosos, los seguían, refujiándose en el terciopelo ablandado de sombras del cortinado, acechando el paso de los otros para caerles encima. Inútil.

Jamás encajaría sus miradas en las resbaladizas de la imájen.

Cerró la puerta.

¿I ahora?

Se había vestido irreprochablemente para la fiesta del nuevo día i he aquí que el principal invitado, su propia imajen, no acudía. Se sentía además desnudo en una desnudez fundamental.

Sin su apariencia de siempre que aquel espejo le había negado. ¿Cómo sería? ¿Qué insospechados jestos traicionarían a su alma? ¿Qué recónditos rincones no habrían quedado al descubierto, ahora que faltaba su imajen, como en los edificios, cuando en los derrumbes, la fachada al postrarse de rodillas, enseñan sus más íntimas alcobas donde el adulterio se espesa en la molicie madura de los lechos?

¿Qué sería de él, sin fachada, desnudo de toda desnudez, ante las miradas ajenas que ya presentía con la acerada frialdad de la lluvia?

Sentía al alma en carne viva, sin la epidermis de la apariencia, en una desolladura cruel, ultrajando hasta el pudor primario de la intimidad.

¿No correría el riesgo de diluirse, de disgregarse, ahora que los límites de su ser carecían de contornos en los que pudiera decir: hasta aquí soi?

¿No se iría difumando como un trazo de sombra, disolviendo aquel coágulo de realidad que él era en el no ser de los otros?

En un alerta de barco que se hunde, recorría su voluntad los ámbitos aterrados del alma palpándolos uno a uno para asegurarse de que aun eran.

I como cuando la inundación trae hasta el valle recóndito, sobre sus hombros robustos un cántico del mar, los animales temblorosos se acurrucan en los islotes de las últimas eminencias apretados en la sincera fraternidad del peligro, así sus facultades se apeñuscaban en el orgullo que sobresalía erguido sobre la marejada de sombras.

I pensó con ahinco, con tenacidad. ¿Si reconstruyera su imajen? ¿Si la volviera a edificar palmo a palmo, obligando a los propios espejos a devolverle lo que era suyo, indiscutiblemente suyo?

Una idea lo llenó de pronto de optimismo, tal como el anticipo de aurora, el grano del racimo de la mañana que es un canto de pájaro en la noche.

Pensó en el milagro de los prismas que deshacen el ramo de la luz deshojando los siete colores.

A la inversa, si los espejos le devolvían cada uno una imajen, en ese prisma de los espejos triples, en el intrincado laberinto de sus reflejos, en la insondable red de sus mutuos asomos, las imájenes dispersas se condensarían, lo integrarían de nuevo: los vencería con sus propias armas.

Fué a la habitación del espejo triple, en la que los objetos tenían un aspecto de ser más dueños de si mismos que otras veces; como que allí tenían la triple evidencia de que "eran".

Se encerró decidido entre los tres espejos en una ideal, triple zambullida.

I miró.

Los espejos asomándose los unos a los otros, se reproducían hasta lo imposible. Habían maniatado, acorralado entre ellos al infinito.

I el hombre vió algo escalofriante.

Al rebotar cada imajen de un espejo en otro, cambiaba i a cada nuevo choque en los más distantes planos, era otro, otro, siempre otro.

Tenía ante sí a una muchedumbre de seres distintos entre ellos, que ni siquiera se esforzaban en acordar sus movimientos. Una multitud tumultuosa en silencioso motín.

I comprendía lo irreparable; allí estaban todos, "todos" los infinitos posibles, los que habían sido, los que eran, los que serían...; más aún, los que podrían haber sido, los imajinables, los casi imposibles, todos, todos.

Eran las innumerables pájinas de aquel infoliable libro de espejos, un vasto, un *completo* catálogo, un absoluto inventario de la humanidad.

Sólo uno faltaba, i era él.

¿Sería que ya, no sólo había perdido su imajen, sino que nunca habría podido tenerla?

Volvió a mirar al triple espejo, le sacó la lengua, le guiñó un ojo, hizo las muecas que hace todo hombre que se mira a solas a un espejo, como para cerciorarse de que es él mismo el que se ve.

Pero los "otros" no le respondían con esa unanimidad de los cuerpos de baile que se nota en esos espejos; por el contrario, eran jestos vagos i con-

tradictorios. Sentía la sensación descabellada de que todos aquellos le pedirían cuentas del por qué los había congregado allí.

Era como un Dios desventurado, con facultad pero si voluntad de creador; que a cada jesto i a cada pensamiento viera surjir de si criaturas extrañas a él, sin el soplo de su voluntad, es decir sin alma.

Pavorosa sensación de una fecundidad en la que el menor movimiento era definitivo porque podía enjendrar un dolor.

I empezó a sentir por si i por "ellos" esa piedad infinita que debió abrumar a Dios en el séptimo día, i que aun hoi se diluye en la monotonía larga de los domingos baldíos...

¿Nunca podría reconocerse en ellos, único fin de toda creación? ¿Cómo hallarse, cómo reconocerse entonces?

¿Quién era él? ¿Cómo podría tener la certeza; ni aún siquiera de poseer la fundamental constancia de seguir siendo a cada instante, sino el mismo, por lo menos el parecido, si los espejos, esos irrecusables notarios de la realidad se negaban a testificar su existencia?

Sintió una desesperación de náufrago, i hubiera prorrumpido en alaridos, hubiera demolido su desesperación a gritos a no ser por la angustia que le estranguló de pronto: ¿I si el espejo sonoro del eco también le devolviera otra voz, otro grito, otra angustia?

Andaba con pasos de sonámbulo, con ese andar especial de quien se mueve en una realidad i vive en otra.

Era el extranjero absoluto; no ya los lechos de los hoteles, las sonrisas de las camareras, las ventanas de las casas, se le mostraban hostiles, lo repelían erizadas por sus nombres en lengua extraña que las aislaban como con alambrado de púas. Eran hasta los espejos, que como el mar pertenecen a todos; esos retazos de las patrias distantes, donde al encontrarnos con nosotros mismos, hallamos lo familiar, lo amado, la música más nueva cuanto más paladeada...

El destierro definitivo.

¿Cómo huir, evadirse de la muda conspiración, dónde hallar el resquicio que diera a su realidad?

I con jesto de ciego, — ¡qué horrible ceguera, peor que la propia, la de los otros para con uno! — se palpaba detalladamente, como para justificarse a si mismo su propia presencia.

De pronto, ¡oh alegría! halló el atisbadero deseado en sus propias ropas.

¡Su espejito de bolsillo!

¿Cómo no haber pensado antes en él?

El sería el agujero de la cerradura para mirar a través de la otra realidad, el ojo de buey del pasajero por el que se recobra i vuelve a encontrar su infancia en el paisaje nativo.

¿Cómo no haber pensado antes en él? se repetía.

Su espejito de bolsillo, manso como un faldero, domesticado a fuerza de miradas: ¿qué podría hacer sino obedecerle?

Además, acostumbrado a no ver más imajen que la suya, ¿qué otra podría devolverle? por inercia, por simple costumbre lo haría...

I mientras tanto lo acariciaba como el jugador que soba la última ficha con la esperanza de llenarla de sí, de saturarla de su imprescindible deseo de ganar.

¿I si aquello fracasaba?

Suavemente seguía acariciándolo, como si quisiera acabar por hipnotizarlo, mientras vuelta la cabeza en forzado escorzo, sonreía con sonrisa de desesperado.

Como si no quisiera la cosa, lentamente, se lo fué acercando a la cara i se asomó.

Otro.

De medio perfil, asomaba un ojo i media nariz i miraba por encima de su hombro, como hacia un punto situado detrás de él.

Instintivamente se volvió.

En la pared blanca, un sol fresco, que recién estrenaba su luz, le dibujaba con renegrido carbón, una sombra que no era la suya.

Demasiado. Aquello era demasiado.

Con ademán de loco arrojó el espejito contra la sombra.

¡Cómo aprovechó el silencio liberado de pronto

para crisparse en el crujir vibrante del vidrio que se partía en diez mil pedacitos!

Su alma descargada en parte de aquel odio, se asomó al oblicuo balcón de una sonrisa mala.

Se inclinó para contemplar su obra; i desde el suelo, entre el reverberar de la luz, uno en cada pedacito, diez mil ojos le miraron.

Ni el odio activo del Señor, al lapidar el primer crimen, había podido llegar a tanto:

Caín tenía un ojo que le miraba con ira, ¡no una constelación de pupilas indiferentes!

Comprendió ya, la inutilidad de toda lucha.

Se sintió después del último acto del drama, segundos después de la postrera escena, cuando la verdadera trajedia empieza al bajarse el telón.

Antes, la angustia más punzante, se escapa por la pared que falta i se diluye en la luz de la sala, se desgaja en el punzante zarzal de las atenciones ajenas, pero cuando el dolor rebota entre cuatro paredes, i al teatro se le siente solo como a una monstruosa órbita hueca que atisba, entonces es el acurrucarse los sollozos en los rincones, i el tejer de las arañas de los jemidos sus espesas telas colgando de los bastidores abandonados.

Comprendió, que ya, para él, se había bajado el telón sin remedio.

¿Quiénes eran aquellos que asomaban en todos los espejos, sino seres a quienes él estorbaba? ¿Acaso no les debía también doler a esas imájenes no

encontrarse con los cuerpos que les correspondían?

Había que fugar, no a otra realidad, sino de todas las realidades, para siempre.

Huyó a través de las calles desperdigando a su paso una muchedumbre de seres inéditos en las vidrieras de todos los negocios; no había que perder un segundo, correría el riesgo de no hallarse ya más, de no reconocerse a si mismo.

El gran estanque tumbado de espaldas, se dejaba acariciar por el viento, mientras cuidaba el lento pastoreo de las nubes.

¡Con qué jesto supremo los suicidas, tienden los brazos hacia abajo, como si ya no quisieran saber nada con el cielo!

Pero del fondo del lago, emerjían otros dos brazos, i en su superficie, titubeaba otro rostro entre las ondas.

El estanque tampoco reconocería otra muerte ni ampararía a otro suicida que aquel que ya casi se desvanecía en su seno.

Hasta la muerte, ese espejo de la vida, lo rechazaba.

I empezó a deambular ante los espejos — Budas impasibles — tendiéndoles sus miradas leprosas de odio en jesto de mendigo, para acurrucarse luego en el rincón más último, esperando la piedad del olvido que diluyera poco a poco su existir.



LAS RISAS

LAS sombras pendían del techo de la sala, cortinados del más perfecto terciopelo, velluda suavidad que ya se palpa a fuerza de no verse. Coágulos de silencio flotaban nebulosos en el ambiente hermético.

En el luto total de aquella noche, sólo se destacaban las manos blancas, incandescentes del medium.

Los rostros, eran sólo un triple reflejo de las manos.

Crepitaba el anhelo en las miradas de los dos ancianos, aprisionadas moscas en la imposible tela que tejían en sus leves insinuaciones las dos arañas de aquellas manos.

En aquel aniquilamiento de toda forma desvanecida en la penumbra, las manos decisivas, definitivas, eran la única cosa real, existente, la última gota de vida temblando sobre la nada, la semilla de cuyo jermen volvería a brotar el árbol del universo.

La cara del medium se abrió de pronto como

una puerta. La voluntad pulsó el conmutador de sus fuerzas nerviosas, la claridad evanescente de sus manos, maduró en las lámparas eléctricas, sus ojos se encendieron iluminando el salón, reeditando a la realidad — edición aumentada, con distancias más tensas i colores más niños — ahuyentando a las tinieblas que se agazaparon tiritando debajo de los muebles, en ese más allá insondable que hai debajo de cada cosa.

Una sonrisa transversal patinó por su rostro hacia el hondo vacío de una ventana nocturna — apaciguadora de estrellas — de cuyo exterior pendía ahorcada la última perspectiva de la tarde.

Se enderezó. Su cuerpo desmadejado, telescópico, parecía desenfundar una parte de otra.

Su voz desafinada, pugnaba por mantenerse erecta, pero en aquel silencio duro, acerado, se doblaba al pretender traspasarlo. Sus palabras tiritaban de frío al salir de su interior íntimo i tibio i encontrarse aisladas en aquella estepa de silencio.

I las voces, cuentas dispersas del collar de una frase, rebotaban sobre la atención de los dos ancianos paralizados aún por las emociones.

Se despidió, tendiendo sus manos, tan de pianista, que cualquier mueble que acariciaran ya tenía algo de piano, i todo movimiento suyo, era un estremecimiento de músicas dormidas. Los viejos, las sopesaron gravemente entre el temblor de las suyas con esa ansiedad con que estrechan la mano los

que ya están por irse, esperando el milagro de la transfusión de vida que se sospecha en esos apretones.

Caminó hacia la puerta, i ya en el marco, como si alguien hubiera dado vuelta a la pájina, desapareció.

La calle lo acojió con el frío de un lecho intacto.

¡Con qué furia estiró sus cuatro miembros en ese jesto animal de vigor que se prueba a si mismo i que se siente tan grande que desea crucificarse en la cruz de los cuatro puntos cardinales, en una crucifixión sensual de posesión de la vida!

Los resortes de las horas contenidas, saltaban de pronto; aquellas horas finjidas, en las que su vivir, contenido, agazapado, había desaparecido bajo la farsa de la finjida sesión de espiritismo, en la que había jugado con las almas de los ancianos como el malabarista con las palomas cándidas que brotan de la noche de su levita.

Quiso derrochar un poco de las risas ahorradas en tres horas de trance.

Sacó un puñado de carcajadas, i las disparó en el aire con chisporroteo de fuegos artificiales.

¡Cómo estallaron sus risas con crepitar de aceite hirviendo, piedrecillas que golpearon en los vidrios de las ventanas, rodando — monedas de plata — por los suelos, alborotando con punzante jovialidad de pilluelo la grave senectud de la noche!

I su alma se volvía irónica, alegre, como la escarcela vaciada en una noche de placer.

Las sentía fluir de su entraña primaria, correr caudalosas por sus arterias hasta precipitarse en cataratas de carcajadas en un desangrarse de alegría, burbujeante reir de champaña recién destapado.

Mas la noche permanecía impermeable a sus risas. Varias veces había observado la solidaridad efectiva que le demostraban los paisajes: frunciendo el entrecejo, todo lo que él veía, se apresuraba a inventarse un posible entrecejo para fruncirlo también, i sonriendo, hasta en la hora lívida i espectral del alba, las cosas se volvían livianas i ensanchadas por una sonrisa.

Pero ahora no; la noche hermética se desentendía de sus risas, i le volvía la espalda.

De repente, se quedó perfectamente serio.

Hacía un rato que ya no se reía, i a pesar de ello, sus risas continuaban revoloteando alrededor suyo, precediéndole con sus saltitos de animal nervioso i fiel, se le adelantaban, se detenían a esperarlo, i proseguían circundándolo en molesto enjambre, jugueteando entre ellas.

No eran risas de otro, no.

Las risas ajenas, tienen siempre una frialdad de cascabeles, i aquellas, él las sentía tibias de su propia tibieza.

Inconscientemente, ajitó las manos como si tratara de ahuyentarlas.

Las sintió arremolinarse apresuradas, sonando con estrépito desconcertado, alargarse — la calle debió sentirlas como un penoso calambre — jirar alrededor de un farol, moscardones estivales, i por último desaparecieron.

Apresuró sus pasos ávidos, tanteando con miradas inquietas las piedras, con la inconfesable inquietud del hombre que huyera temiendo a un ejército de hormigas. Pero el silencio espeso de la noche, un silencio húmedo, retardaba la furia de sus prisas.

Volvía la cara. — ¿Por qué necio orgullo creeremos siempre que la muerte o la desgracia nos acechan por atrás, como si no tuvieran fuerzas suficientes como para enfrentarnos victoriosas? — i sus pasos dibujaban un poema de intranquilidad.

Fué al volver una esquina.

Cayéronle desde un balcón, sus risas, sus propias risas que lo aguardaban solapadamente.

Dió una pequeña carrerita para probar la huida, para hacerse el otro, en esa desesperada pretensión de pasar por otro que nos acomete de pronto cuando queremos pasar desapercibidos, en la que no meditamos la tremenda posibilidad de conseguirlo.

Pero se le fueron encima. En vano se encojía de hombros, cambiaba de acera, iba por el medio de la calle, manoteaba al aire; sus risas que comenzaban a enfriarse, le revoloteaban tercas, enojosas, burlonas, con toda su burlería a flor de piel.

Probó detenerse de pronto. Las risas despistadas, continuaron un rato arrastradas por su propio impulso, pero luego volvieron sobre él.

Sonaban firmes, pero sin convicción: como despertadores.

Echó a correr, ya con jesto extraviado, con la rectitud diagonal de la locura, para quien todos los caminos son igualmente absurdos, i entònces fué, cuando vió cómo se abría una ventana, valva de ostra, en cuyo seno se aquilataba la perla de un espejo nocturno, i cómo las risas, sus risas ensordinadas ya, caían en ella como pájaros en una jaula.

Sijiloso escapó de puntillas i dobló la esquina.

Aquello era perfectamente absurdo, reflexionó, acababa de ser víctima de una alucinación. Todo provenía de la tensión nerviosa que momentos antes soportara en la falsa sesión de espiritismo.

I para probárselo a si mismo, reiría de nuevo.

Reiría de nuevo... porque todos nos sentimos millonarios de risas, pero inútilmente, empezó a escudriñar su interior, a procurarse una carcajada. Había quedado pobre, miserable de alegría, en su esfuerzo de antes; ¡acababa de despilfarrar el prodijioso patrimonio de alegría con que todos nacemos!

Qué miseria total, cual la del jugador de bolsa que al despertar de su sueño palpa en el nuevo día la pérdida absoluta de su fortuna en el día ante-

rior. I en vano rebuscaba en los repliegues del alma, esa última moneda que se alberga en los sótanos de los bolsillos para salvarnos en el día decisivo.

Nada...

Sentía ahora como nunca, la muchedumbre imposible de la soledad que le rodeaba.

Allí estaban la ausencia, la negación de cada uno, la ausencia de todos los vivos i los muertos, de todos los posibles.

Sólo una ausencia faltaba allí, i era la suya. Experimentó la angustia de aquella imperfección que él causaba. Un leve escalofrío se insinuó por su espalda.

¿Silbaría? pero el recuerdo de sus risas le contuvo: ¿I si después las serpientes de los silbidos desenvainaban sus intenciones en torno suyo?

De pronto, no supo cómo, estaba ante su casa.

No se encontraba en la calle de siempre, ni era la propia fachada, su mismo jesto acojedor era distinto, i el insomnio ojeroso de aquellos balcones le eran ajenos. Pero la reconoció sin embargo, como reconoceríamos entre un millón a nuestras ropas, con las que ya nos hemos consustanciado, si las encontráramos atalajando otro cuerpo.

Nunca había visto, empero, aquellos amplios ventanales ni recordaba jamás haber mirado siquiera una casa como aquella.

¿De qué provenía entonces aquella sensación de

haber llegado? ¿Por qué sentía que aquella casa era el principio i el fin de la calle, el centro de gravedad de aquel barrio, el meridiano de su vida?

¿Continuar? ¿Hacia dónde? ¿Hacia donde la memoria le indicaba que había estado antes su casa? ¿I para qué, si ante ella fallaba aquel impensado instinto de la querencia? Para deslizarse ante ella sintiéndose náufrago, con esa vaguedad que se siente hacia las casas en las que antes se vivió, i que ahora son hostiles, cerradas, de otro que las posee en indisputable dominio. ¡Adulterio de aquel patio acojedor e íntimo como un sexo, de aquellas salas tan sabidas i acariciadas como los pechos de la amante!

Allí había llegado, allí era, por eso tal vez, ninguna extrañeza le produjo el que su llave encajara en la cerradura con la blandura de un puñal en su herida.

Empujó la puerta. Por el pequeño resquicio se escapó una bocanada de sombras que se había espesado en su interior. La puerta cedía poco a poco, con tibia oposición, como si alguien, desde el otro lado, la empujara en sentido contrario.

Poco a poco, la resistencia era más tenaz. Acrecentaban el miedo i la impaciencia sus fuerzas; la débil puerta de cedro, pesaba cual si estuviera forrada de bronce.

Consiguió entrar.

¿Miraría para descubrir al intruso?

El espanto dilató sus pupilas lapidadas de oscuridad. ¡Bien sabía que detrás de la puerta no había nadie!

Se lanzó a la escalera, pero no pisaba aún el primer escalón, cuando, con golpe terminante, definitivo, se cerró sola la puerta.

Ya era tiempo: detrás de ella sintió a sus risas heladas de frío, que huroneaban por las rendijas.

La escalera era de mármol — ¡qué hielo fósil el mármol! — de peldaños idénticos, monótonos, helados, como los días de un octojenario. Sentía bajo sus pies la espesa alfombra de los pasos ajenos.

Comenzó a subir.

A medida que ascendía, sentía crecer la escalera. ¿Quinientos, ocho mil escalones? ¿Cuántos habría subido, i aun veía ante sí la desolada sucesión de peldaños, el Himalaya de aquella escalera interminable? ¿Qué casa era aquella?

Empezó un descenso vertijinoso, con esa ajilidad que sólo en el sueño adquiere el cuerpo, pasando a saltos cuatro, seis escalones, como quien se saltea las pájinas de un libro, pero el pie de la escalera, siempre igualmente lejano. ¿A qué altura estaría? Pensó en arrojar una piedra i contar el tiempo de su caída, pero no teniendo ninguna a mano, articuló un:

—¡Oh! — breve, i lo arrojó al vacío.

Rebotando de escalón en escalón, lo sintió pro-

pagarse en la sombra, descender, descender sutilizándose cada vez más, sin apagarse nunca. Hasta el final lo siguió oyendo, ya aguzado casi en un:

—¡Ih! — alargado en una línea que señalaba el marjen de su trajedia: ¡Aquella escalera no tenía fin!

Un escalofrío ríjido, no ondulante como todos los escalofríos, le transpasó con su fina aguja la médula.

Se acarició la barba tratando de consolarse, sintiendo una profunda piedad por si mismo, porque en los momentos de máximo peligro, nos vemos ya tan en la muerte, nosotros que aun estamos tan en la vida, que nos contemplamos como a un ser distinto i tan querido. ¡Tan querido!

I aquella piedad se manifestaba, aflojando repentinamente todos sus resortes.

Se sentó en un peldaño, doblándose por la cintura — fantoche al que se le acabó la cuerda — i a quien el miedo arroja en el rincón más último.

De pronto, sintió que allá en el fondo de la escalera, algo se movía. El espanto filataba sus ojos haciéndolos mayores que todo el rostro.

Parecía un insolente rebotar de bolitas de vidrio sobre el mármol. Sus risas le seguían.

Fué tal su voluntad de huída, tan íntima e imprescindiblemente deseada la escapatoria, que la escalera atónita le obedeció, i con las manos en alto, le ofreció el oásis de un rellano.

Allí amanecía una puerta.

Tal debía ser la altura a que se hallaba, que sentía cómo el tiempo se enrarecía en torno suyo. ¡Qué agobio el de aquellos segundos ralos, distanciados los unos de los otros, por intervalos en los que cabrían siglos, retrasando sus movimientos más premiosos, como un enlentecedor cinematográfico!

¿Qué años empleó en trasponer la puerta?

Un espejo enorme formaba la pared opuesta a la entrada. Su imajen, rebotaba allí con blandura de goma.

Avanzó.

Llegó al espejo i pasó al otro lado.

¡Con qué espantosa naturalidad lo hizo!

Se dió vuelta i miró:

Un gran espejo i su imajen rebotando en él.

¿De qué lado estaba la realidad? ¿Serían dos las realidades? I entonces, ¿aquel otro...?

Volvió la espalda al espejo. En el centro de la habitación, estaba su mesita de tres pies i su pequeño taburete: útiles habituales de sus supercherías.

¿Qué fuerza blanda, irresistible, le empujó inexorable hasta el taburete i le sentó en él? Las dos arañas de las manos, escalofriaban la tapa de la mesa. ¡Sensación insidiosa la de sentir que alguien nos acecha por la espalda!

Jiró con lentitud la cabeza para sorprender al

otro, i el *otro*, con la misma inquietud alargándole el rostro, lo atisbaba disimuladamente desde el más allá del espejo.

Aun intentó sonreirse, pero la sonrisa se le conjeló en mueca, al ver que el otro comenzaba a desenvainar los dientes. Le volvió la espalda.

¿Por qué las manos le saltaban sobre la mesa como animalillos sobre una plancha calentada al rojo?

Sentía cómo la estancia se saturaba de presencia, una presencia difusa, no cristalizada alrededor de alguien, pero clara, indiscutible, como la que nos ahoga en un zaguán nocturno, cuando se nos apaga sólo el último fósforo.

La mesita oscilaba.

Bien conocía él esos movimientos confusos, tantas veces rejidos por su habilidad de madium inexcrupuloso.

Pero ahora la mesita se movía sola. ¿Sola?

Eran golpecitos secos, decididos, nerviosos, que, con desesperante tartamudeo deletreaban una sentencia.

Bruscamente se volvió al espejo, para consultar al otro.

Dos ojos, sólo dos ojos reventando de espanto le salieron al encuentro.

La mesita seguía imperturbable.

Sentía cómo la sensación de presencia invadía su propio ser, adormilando el primordial sentido

del yo soi yo. Iba inundándole un vago estupor de ser, de continuar siendo a pesar de todo aquello. Sentía como sus miembros se iban sumerjiendo en el agua tibia del ensueño.

I entonces fué cuando notó, que algo frío, viscoso, elástico, le llenaba la boca, se le escapa de entre los labios, como una baba informe que flotaba en el aire, en vagos filamentos. Era algo saturado de esa frialdad de muerte que tiene la saliva, cuando habiendo estado unos segundos fuera de la boca, vuelve a ella llenándola de la frijidez de las cosas ajenas, porque la vida no puede fluir sino en un sentido, i no es entrañablemente nuestro, sino lo que brota de nuestro manantial interior.

Se le escapaba aquella cosa inmunda, en un vómito lento, pausado, desesperante. Comprendió:

—¡Ec... to... plas... ma...! — balbuceó anulado de terror.

Las prolongaciones ondularon como palpando algo, se entrecruzaron trenzándose, adquiriendo insinuaciones de formas.

Primero como una hebra, como un silbido, luego, una serpiente sijilosa, después, un brazo membrudo, i en un extremo una garra, con cinco garfios, que tras ciegos tanteos en el aire, se fueron acercando al rostro del medium, acariciándolo con las insidiosas caricias de los pases magnéticos, llegando a la garganta, ciñéndola inexorables, apretando, ahogando, constriñendo aquella vida que

pugnaba por escapar por los ojos estallantes.

La última sensación de aquel hombre, fué un escalofrío:

Sus risas acababan de entrar en la sala.



FINAL

LA inmensa mancha gris salpicada de ojos i carcomida de bocas, reptaba trasudando un rumor uniforme que correspondía en el sonido a su propio color, para que la monotonía de su aspecto, fuese total; audible i visible.

Se alargaba por los huecos de las calles, amoldándose hasta en los menores recovecos de los zaguanes. Emitía seudopodios que colmaban las callejas más mínimas,i a duras penas, los paredones recios i verticales — argumentos dogmáticos — oponían un límite a su impulso.

En las plazas se arremolinaba con la lentitud infatigable del tiempo, i hasta en los postes telegráficos, se advertían colgantes racimos, porque parecía llegada la hora de una unánime fecundidad en la que todas las cosas comenzaran de pronto una idéntica fructificación. Por los rincones húmedos de las fábricas la mancha se extendía como un moho, como una musgosidad crecida sobre la vejera del trabajo.

I allá, en las afueras, donde la ciudad se cansa de su esfuerzo, — de esa prodijiosa voluntad que hace erguirse a la llanura en las llamaradas de los edificios — en los suburbios acerados en los que el tedio, el desgano infinito de la planicie corroe la ambición de los poblados, i donde, hasta los mediodías adquieren ese aspecto enfermizo i sucio de las puestas de sol, allá mínimas granulaciones del inmenso cuajarón se desgranaban i unían en grupos fluctuantes, indecisos, que se aunaban entre ellos, i volvían a dividirse, hasta que de pronto, se anegaban los unos a los otros formando un montón más visible en el que el cielo, ya no tenía inconveniente en volcar su mirada. Tal la gota de regocijante mercurio en la mano insegura de un niño.

La masa se bamboleaba como una jalea, con encojimientos súbitos, vaciando una calle, o estirándose tentacularmente en un brazo robusto que colmaba una avenida. De vez en cuando, un extremecimiento nacía, no se sabía dónde, en el rincón más insospechable, i se diluía en círculos excéntricos, cual si fuera la ondulación de un agua ebria.

I aquel rumor monótono, apoyado en millones de bocas, era como un aliento pesado, una neblina uniforme de la que no emerjía la individualidad punzante de ningún grito.

Era la muchedumbre final, el ser de millones de brazos, banderolas ondulantes e inútiles en su

innumerabilidad. El organismo supremo a fuerza de ser el último, en el que, tras la casi inifinita combinación de elementos, volvía a reproducirse jigantizado el organismo primordial. Como él sin límites precisos ni individualidad definida. ¿Mil muchedumbres? ¿Cien muchedumbres? ¿Cuántas eran las que había latentes allí en aquella única muchedumbre?

Volvía la vida a su dividualidad semejante a la del fuego, en cuyas hogueras pueden encenderse mil otras sin restarle enerjías, hermana de la del agua, cuyas gotas, se aunan i desaparecen para crear la pujanza de la ola.

¡Qué despoblación la de los siglos, qué ilimitada soledad la de los espacios, cuando cuajado al fin el único organismo, ya era irremediable su soledad! I ahora se movía bajo un cielo plomizo, desgastado a fuerza de miradas, casi arrugado porque ya le faltaban los tensores de la alegría con que se mantenía terso gracias al milagro de resucitar nuevo en cada alma al ser contemplado en el recomienzo de cada mañana. Pero ya la humanidad, había llegado a saberse de memoria el cielo — todos los cielos posibles — i se deslizaba por la vertiente de las calles, amoldando su pulpa a la inconmovible jeometría de las esquinas, desgajándose en las ventanas pobladas de rumores, ventanas que, cuadriculando las paredes de las casas, las convertían en ajedrezados de ruidos i silencios.

I en los acuarios de los espejos, titubeaba otra multitud más indecisa, porque también en ese mundo paralelo al nuestro — ¿en qué infinito converjiremos, i confraternizaremos, al fin, con nuestras imájenes? — como si también en ese mundo, la vida estuviera madurando en el último fruto.

En la superficie de aquel ser, divagaban mil jestos. La mancha cenicienta de los rostros, tenía una elasticidad increible. Aquí se alargaban de espera i de miedo — futuro i pasado — reduciendo las inútiles bocas a un punto, a un mísero ombligo por el que cada una de aquellas células, absorbían un poco de vida, i alargando sus miradas con paralelismo de rieles para facilitar una imposible huida. I allá en cambio, se ensanchaban tajeándose de risas, amplias risas por las que fluía el presente, el ahora, insolente i plebeyo como las tres de la tarde, i las pupilas se dilataban acojedoras en la vulgar hospitalidad de una puerta de hotel.

En otras partes, los rostros eran óvalos oblicuos, triángulos escalenos, figuras al sesgo, en una solapada jeometría irregular, pretendiendo así soslayar la correntada del tiempo i desentenderse de su fatalidad.

I tachando, difumando esas últimas ansias, una actitud estupefacta, vagorosa, una relijiosidad postrera i vana, porque aquel coágulo, aún esperaba en un mesianismo indeterminado.

¿Qué esperaba? ¿A qué cable se aferraban aque-

llos millares de ojos ávidos?

¿A qué ilusión arrimaban sus hombros con la unánime decisión de la cuadrilla que transporta una viga enorme?

Ya no podía ser a un dios ni a un hombre, al que aguardaban, porque unificada la vida, ya los seres no eran sino el ser. I limitadas así todas las posibilidades, las esperanzas no eran si no la esperanza — la última esperanza que se jugaba en un todo por el todo.

Aguardaban a un momento.

Con la torpe seguridad de los movimientos paquidérmicos, se había encarnado en la multitud la fe en aquel momento decisivo.

¿Cuál sería él? ¿Bajo el conjuro de qué signos se realizaría? ¿Qué liberación, qué evanjelio, qué herejía vendría a proclamar? Nada se sospechaba, pero la certidumbre de que aquel instante era una de esas puntas del ovillo del tiempo — acaso el hilo que anula al laberinto — era ya incontenible como la bandera raptada por el huracán.

Era algo ciertamente titánico aquella certidumbre de que el momento ya venía, recto i seguro como un avión, desde la otra orilla salvando el oceano de la eternidad. Desde el principio de los tiempos, había comenzado a volar para ella i ya venía tajeando siglos con sus alas, adelantándose a los otros segundos para pasar primero por la estrecha garganta de la víspera, cauce por el que el

tiempo pierde el carácter torrentoso de la eternidad i se ahila i se filtra gota a gota, segundo a segundo.

Aquel momento estaba por llegar. Lo delataba esa inconfundible blandura de la madurez, ese combarse de lo imposible, rama grávida, sobre el deseo i sobre la ansiedad, en esa ansia de entregarse que es la médula de lo fecundo.

Pronto aparecería, i la multitud le deparaba el breve campo de aterrizaje del presente, para que depusiera su cansancio, i le hablara, no del tránsito, si no de esa América intacta que se presiente más allá del tiempo.

Corrían escalofríos abatiendo cabezas — campos de espigas bajo el viento — i los sentidos coordinaban sus esfuerzos en el descubrimiento de la ruta.

¿Por cuál de las dimensiones llegaría? ¿O por qué atajo?

I las intuiciones, las teorías, las hipótesis, iluminaban — reflectores — todas las posibilidades. No podría llegar desapercibido.

La red de las miradas revestía al inmenso cuerpo de ventosas ávidas. ¡Qué dolor para los paisajes i los cielos aquel mordiente afán succionador, e interrogante! Los colores — sangre de los panoramas — se debilitaban en una anemia progresiva absorbidos por el monstruo. I hasta las formas, carne doliente, se retorcían bajo el imperio de aquella tirantez desesperada, deformando los ob-

jetos i torturando las perspectivas por el súbito acercamiento de las lejanías encandiladas por la masculina fuerza que las tironeaba.

I los oídos alerta, ¡cómo huroneaban en el silencio que se adivinaba inmóvil bajo la oleosa marejada de rumores!

I hasta el tacto, ese yacimiento donde duermen inexplotadas mil posibilidades de sentidos nuevos, se estremecía i arremolinaba en un despertar súbito de sensaciones inéditas, tumultuosas e indisciplinadas cual los reclutas bisoños que acuden al llamado para contener un asalto supremo.

En algunos rincones se escuchaban risas estúpidas i sin convicción, que se propagaban en línea recta, pero sin poderse expandir, molestas para todo el resto de la masa, como el cosquilleo de un miembro dormido.

Pero en otros sitios, en cambio, la sutileza del cálculo, la delgadez meticulosa de los raciocinios, punzaban i aprehendían a la realidad — afilados garfios. — Eran círculos reducidos i nerviosos, en los que los rostros se diluían en un éxtasis ávido, i cuyos menores movimientos, repercutían en toda la pulpa humana, en una corriente nerviosa. Eran ellos, los verdaderos sentidos de la multitud.

I otros, de caras tachadas por la firmeza de un entrecejo decisivo, pero de miembros robustos como émbolos, iniciaban siempre los remolinos que determinaban el bamboleo que constituía el avance.

Pero el instante no llegaba.

Las falsas alarmas, corrían un trecho, pero deponían enseguida su pesado vuelo gallináceo.

La tensión de la espera, proyectaba, como siempre, las cualidades características de lo esperado, sobre la primera cosa que llegaba. Aparecía a lo lejos, el trijésimo quinto o sexto segundo de un minuto que comenzaba su militar desfile, i ya los corazones comenzaban a tañer un alerta, aquella forma de llegar, tan justa, tan precisa, aquel encajar tan perfecto dentro del tiempo, ocupando su justo lugar en su engranaje, ni antes ni después... ¡debía de ser él!

Pero llegaba más cerca, i era el más diferente, el más inconfundiblemente distinto de aquel que se esperaba.

¿No habría naufragado? ¿No se habría malogrado como tantos otros instantes? ¿Acaso el tiempo no podría ser más tupido, más poblado, si en él, como en todas las cosas vivas, no hubiera cien mil muertes por cada vida, un despilfarro millonario de semillas i de probabilidades?

¿No habría fracasado aquel segundo en la infancia del pasado mañana, o en la pubertad del mañana, antes de llegar a la madurez del hoi i del ahora?

O ¿no habría confundido su ruta corriendo desorientado hacia otra vena del fluir, de la duración, hacia otro tiempo?

La multitud, como si estuviera vendimiando racimos de ansiedad, estrujaba bajo sus pies la impaciencia de la espera.

¿Si no llegara?

¿Qué sería de ella que había llegado al callejón sin salida de la monotonía, si aquella novedad fracasaba?

Pero la esperanza, enraizada en ella desde siglos, de un tiempo mejor, de un cambio, de una diferenciación de sí misma, hacía arder la fiebre en las mejillas, i los rumores se poblaban de vetas rojizas, de filones de impaciencia.

Entonces, llegó el momento precursor, el inconfundible, el que llega como de muestra; era un minuto acerado como una proa para abrir la ruta que había de seguir el momento decisivo.

La multitud se contrajo, porque la avidez, aumentaba la cohesión de sus partículas, i ya era sólo un grumo de ansiedad.

Pero como en el cortejo de los reyes, siguió al heraldo, un lento desfile de segundos enhiestos, solemnizados por la lentitud con que trababa su marcha la impaciencia.

Hasta que, como algo irreparable, pisó el umbral de las almas el momento esperado.

I era un segundo en blanco, un segundo baldío, en cuyo recinto el rumor se fué acrecentando en mil ecos, i los ecos proyectados sobre la multitud, la balearon, desgarrándola en jirones.

Fué un desgajamiento definitivo. Fracasada la cohesión de la esperanza, la muchedumbre se derrumbó de pronto, muerta, disgregada en sus células, acribillando a la realidad, a su única realidad con millones de realidades contradictorias i confusas, fracasando su rumor, en millones de gritos.

Era como si a dios se le hubiera caido su espejo de entre las manos, i ya no pudiera volver a contemplarse las inmensidades de su rostro.

INDICE

$ m|n.

Epstein, J. - La poesía de hoy. Un nuevo estado de inteligencia 2.50

Etcheverrigaray, M. A. - Rumor de acequia 1.50

Fabbri, Luis - Dictadura y revolución. 2.—

Ferraría, Mayorino- Momento musical. 1.75

Gancedo, A. (h.) - Ansiedad . . . . 2.—

Gancedo, A. (h.) - Apasionadamente . 2.—

Gancedo, A. (h.) - Estudios de otro tiempo 2.50

González Lanuza - Prismas, (2da. edición) 1.80

González Lanuza, E. Aquelarre . . . . . . 2.—

Grodsinski, S. - Romance alcohólico . 1.50

Hernández de Rosario. - Hacia afuera . . . . 2.—

$ m|n.

Historia Universal del Proletariado. - (2 ts., tela) c|u. 6.—

Ipuche, P. L. - Alas Nuevas . . . . . . 2.—

Ipuche, P. L.-Tierra Honda . . . . 2.—

Jerusalem, Elsa. - "...Odres viejos" . . 2.—

Jijena Sánchez, R. - La locura de mis ojos 1.50

Kantor, M. - Lenín . 1.50

Kropotkin, P.-Etica 2.50

Lange, Nora. - La calle de la tarde . 1.—

Merlino, Salvador - Jaculatorias de los sentimientos morales . . . . 1.—

Palazzo, Juan. - La casa por dentro . 2.—

Pettoruti, E.-13 reproducciones de sus cuadros . . . . . 2.—

Picone, J. C. - La Revolución . . . 1.50

EDICIONES SAMET

	$ m/n.
Piñero, F. M.-Cerca de los hombres	0.40
Riccio, Gustavo.-Un poeta en la ciudad	1.—
Rocker, R. - Artistas y rebeldes	1.80
Sabat Ercasty, C. - Vidas	1.50
Sabat Ercasty, C. - Poemas del Hombre	2.—
Sabat Ercasty, C. - El Libro del Mar	1.50
Sáenz Hayes, R. - Blas Pascal y otros ensayos	2.50
Salvat, M. A. - Esmaltes	2.50
Sánchez Viamonte, C. - *Derecho Político*	3.50
Sánchez Viamonte, C. - Del taller universitario	2.—
Sánchez Viamonte, C.-La cultura frente a la Universidad	2.—
Sinclair, Upton. - El libro de la Revolución	1.—
Supparo, Atilio. - Parvas chicas (Versos criollos)	1.—
Soto y Calvo, Edelina. - Emociones	2.50
Soto y Calvo, Francisco. - Iguazú	2.50
Soto y Calvo, Francisco. - Indice y Fé de (Er) ratas de la Nueva Poesía Americana	2.50
Stanchina, L. - Inocentes	1.50
Zapata Quesada, R.- La infidelidad de Penélope	2.50
La Unión Soviética en 1926	0.50
Vázquez, S. F.-Lluvia ligera	1.20
Yunque, Alvaro. - Zancadillas	1.50

$ 2.—